

Pepe en Banfield

Por Nicolas Fratarelli

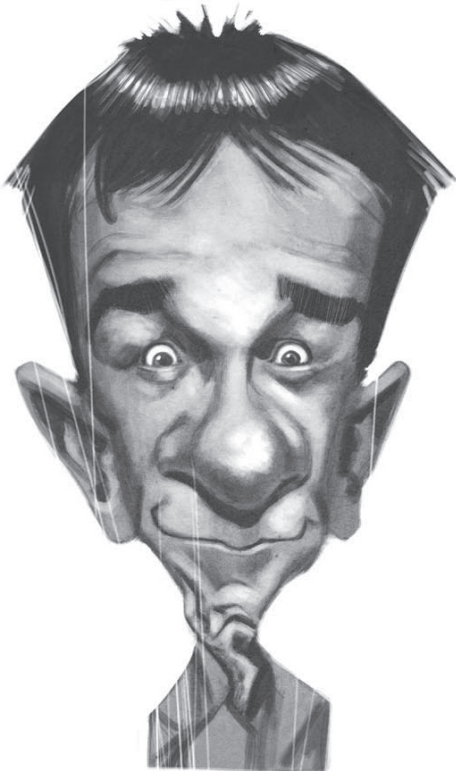


ilustración de Andres Alvez

Que suerte para la desgracia

¿Y si ese pibe de siete años no se hubiese parado sobre sus manos? ¿Y si esa troupe no hubiese pasado por esa calle justo en ese momento? ¿Y si el moreno del circo no hubiese mirado hacia esa vereda? ¿Y si la madre hubiese respondido: "NO"?

(Es sabido que las historias objetivas no existen, que todas ellas son siempre una construcción, que las historias contra-fácticas tienen más que ver con la ficción que con cualquier realidad.)

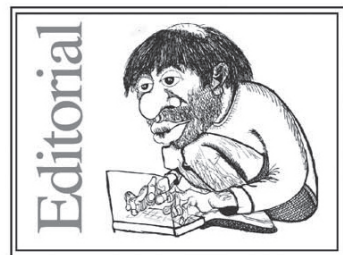
Pero lo cierto es que el pibe se paró sobre sus manos, que la troupe pasó por la calle en ese momento, que el negro lo vio antes que a éste lo desequilibraran sus amigos, y que cuando el morochón con su voz oscura le preguntó a la madre del niño si podía llevárselo al circo a cambio de comida esta le contestó: "SI". Aunque la biografía de Pepe indique que el día de su nacimiento haya sido un cuatro de septiembre de 1909 en Barracas, que fue el tercer hermano de ocho, que fue hijo de inmigrantes italianos sin oficio, que se mudó a ese Banfield sin fronteras que hoy es Remedios de Escalada, Lanús, y para esa época era partido de Avellaneda; la realidad indica que Biondi, el Biondi que conocemos, nació el día que el negro lo vio patas para arriba; y que esa pirueta fue la primera de una carrera que lo sacaría de ser un pibe sin futuro, o un pibe con futuro de paría, no más.

El niño en el circo aprendió acrobacias y comió, pero no la pasó bien. Lejos de ello. El payaso brasileño, el negrote que deleitaba a grandes y chicos con sus monerías, a él no lo hacía reír. Más vale todo lo contrario; le imponía un entrenamiento exigente que constaba de duros castigos. Hasta los doce años cuando dejó el circo, el Pepe niño, el acróbata incipiente, entre sollozos resistió las golpizas del clown llamado cándidamente "Chocolate".

El destino llevó a Pepe a hacerse canillita. Paradojas de la vida: Pepe vendía los diarios que no sabía leer, porque era analfabeto; cómo no serlo, nunca había recibido ninguna escolaridad. Recién a los dieciséis años aprendió las primeras letras.

Pero para Pepe la vida daba vueltas en círculos. Y otra vez el destino le volvía a mojar la oreja: "¿Qué hacés vos acá?", "Al circo no vuelvo", "Hacemos Varieté entonces", "No sé cómo es eso", "Se paga bien", "Decime entonces", "Vos haces las acrobacias y yo los chistes". Y otra vez, si el ex compañero de circo no pasaba por esa esquina de Buenos Aires, o si Pepe en ese instante cruzaba de vereda, o si ese día Pepe decía NO, todo cambiaba. Pero Pepe dijo SI, y volvió al espectáculo, esta vez junto a su ex compañero, uno de los payasos de aquel circo Anselmi, Napoleón Seth.

sigue en la pag 3 ▶



Ser y Estar

Usted leerá, tal vez por primera vez en su vida, el nombre Rodolfo Kusch. Si eso le sucede ahora sospechará que es un nombre inventado o perteneciente a un extranjero. No pensará que es uno de los pensadores argentinos más interesantes de los últimos tiempos. Un hombre que se animó a diseñar un pensamiento latinoamericano, enfrentando sus teorías a la filosofía europea. En tierras jujeñas di con él, me junté con personas que solo hablaban de él, que lo habían conocido, que compartieron su particular concepto de defender ideas. En Bolivia era moneda corriente en las universidades. Kusch ha escrito mucho y si bien hay cosas que no logro entender, voy a compartir un asunto que él trata y que he incorporado a mi pensamiento: la diferencia entre ser y estar. El europeo quiere ser, su destino y su objetivo es ser, en contraposición el americano, el hombre de esta tierra tiene otra cosmovisión, el americano quiere estar. Los que vivimos en un país como Argentina, navegamos en un mar tumultuoso donde, por un lado nos imponen ser, y nuestra sangre nos pide estar. Esa contradicción se hace evidente en los seres de las ciudades. Hay que ser, siempre, y generalmente otra cosa. Siempre más. Recuerda usted el chiste ese del hombre que se baja de un auto último modelo y ve un gaucho tirado en el pasto sin hacer nada. Ese donde el hombre le explica cómo trabajar, producir ganancias y tener rentabilidad, a lo que el gaucho se limita a responder todo el tiempo "¿Para qué?". Al final del monólogo el hombre del auto le confirma que el objetivo de todo eso, es tirarse en el piso para no hacer nada, a lo que el gaucho le responde eso es exactamente lo que estoy haciendo". No creo difamar el pensamiento de Kusch contando este chiste.

A mí me llamó la atención en Bolivia que si usted le pregunta a alguien a qué se dedica, la persona no dice "Soy Doctor", sino que dice "Estoy siendo Doctor", es decir; carga de una temporalidad absoluta su definición de sí mismo. Las personas de América primero estamos y después somos. Si usted se pelea mucho con lo que es, acérquese a Kusch. Banfield está ahora en la plena transformación, está siendo una nueva cosa. Yo quería permitirme una reflexión para cerrar este último banfileño del año. Y tiene que ver con esto. ¿De dónde es uno? ¿Uno es del lugar donde nació? ¿Y si eso fue solo un accidente? ¿Una coincidencia del destino? Alguien, que los que escribimos este diario amamos, y que se llama Osvaldo Soriano dijo en un cuento, que uno es del lugar donde lo quieren. A mí me pareció oportuno aclarar cualquier polémica al respecto de los personajes que EL BANFILEÑO eligió para ser tapa cada mes en estos 12 números. Todos son Banfileños por una razón, porque elegimos quererlos. No nos interesa la beligerancia con otras ciudades. Y para redondear todo esto, no sabemos lo que este diario es. No sabemos qué será de este periódico el año próximo. Ser es una duda. Pero estamos, lo que sí podemos confirmar es que estamos en sus manos, es que este periódico está aquí ahora y con eso nos basta. Estamos siendo EL BANFILEÑO, una hoja doblada, con un poco de historia de este lugar, escrita por un grupo de personas que construimos en el aire, ideas, sueños, memoria. Para usted y para nosotros mismos. El objetivo es que usted elija quererlo, que lo sienta de este lugar. Su lugar, por supuesto. Banfield.

Sergio Mercurio

El Pozo de Banfield

Por Sylvia Bonfiglio

La escalera profundísima bajaba hasta lo más hondo del abismo, estampado de caras en las paredes y de gritos apagados contra los ladrillos. Olor a oscuridad absoluta, a desamor, a una carencia infinita de Dios.

"Tendré los ojos muy lejos, un cigarrillo en la boca, el pecho dentro de un hueco..."

Había recuerdos tirados por todas partes como restos de comidas...había recuerdos de veranos idos, y de manos de abuelos llevando niños al colegio; de comuniones de traje blanco y moño en el brazo. Recuerdos kodak en blanco y negro.

Se disponían de tal manera esos recuerdos que formaban un coro tímido y apagado pero sutilmente audible; formaban también una espiral de hojas secas, de hojas de cuaderno "Laprida", rotas y escritas con tinta azul lavable, envolviendo ese espacio desprovisto de vida.

Era un lugar yermo y estéril. Era un útero abortado, sangrante y vacío. Era un pozo de nadas, de tierras, de tumbas y partos... de partidas eternas. "... un escenario vacío, un libro muerto de pena, un dibujo destruido..."

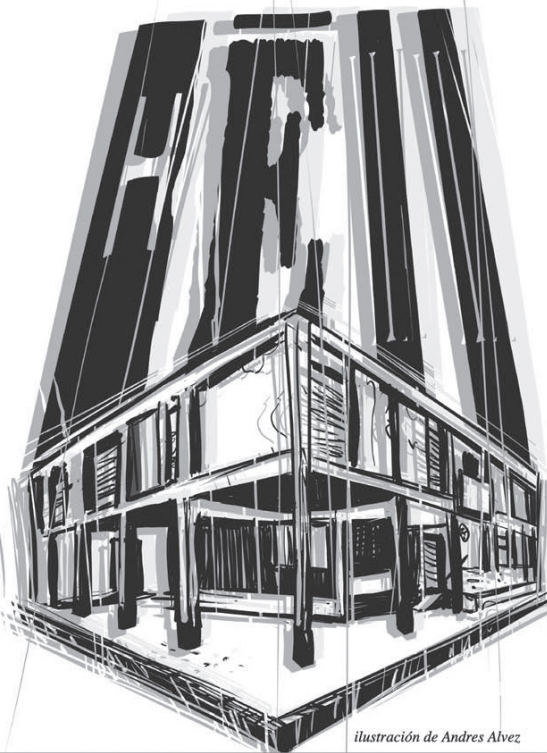


ilustración de Andres Alvez

sigue en la pag 3 ▶

Siguiendo las huellas de Cortázar

Primer Premio Secundaria 3

GUADALUPE FERRER

Escuela Tiempos Modernos

Cinco años



Me levanté pensándote, pero estás muy lejos, vos decidiste al fin y al cabo hacer algo de tu vida, no podías vivir pendiente de mí. Vivimos juntos muchos años, eternos y hermosos años, vivimos juntos en un lugar más tranquilo, mucho más tranquilo que este.

Mientras tanto, yo me mudé a Capital. Trabajo en un lugar que desprecio, con gente que me desprecia, y diariamente me castigo, por seguir trabajando ahí. Pero vos siempre me dijiste conformista, y hoy creo que tenés razón. Envidio tu vida, envidio que hayas tenido el valor de hacer lo que te gusta y te hayas dejado llevar por eso. Envidio, y medio extraño, muestras tardes en Banfield, muchas noches en Banfield, nuestros días en Banfield. Extraño cuando todavía me querías, pero supongo que me la busqué sola.

Me acuerdo cuando me pediste que me mudara con vos, que dejara todo por vos, que nos vayamos a un lugar más tranquilo;

que probablemente yo conseguiría un trabajo más digno, en el que me sintiera mejor, pero no te hice caso. Armé las valijas y me fuí.

Me mudé a capital para estar más cerca de mi trabajo mediocre, para rodearme más de gente mediocre; y ahí creo yo que fue cuando Guadalupe Ferrer te perdí. "Se mudó, se mudó al sur" me decían tus amigos. Ni siquiera te despediste, pero supongo que fue mi culpa, después de todo la que te dejó fui yo.

Y hoy, hoy, se cumplirían cinco años de que nos mudamos juntos a Banfield, se cumplirían cinco años de todas las promesas que nos hicimos; que te hice y después rompí sólo porque soy una caprichosa que prefirió tener un trabajo fijo - y mediocre -, a dejarme llevar por todo el amor que nos teníamos.

Hoy me embarga la tristeza; hoy me encerré en mi casa, me

quedé bajo las sábanas todo el día, porque no quiero tener que acercarme a constitución todos los tenes que tomamos durante cinco años. No quiero tener que revivir tu recuerdo en lo más mínimo, quiero dejar de llorar.

Abro la computadora, tengo que revisar un mail que iban a mandarme desde el trabajo, sino con uno tuyo, sí, de tu propia letra. Siempre te gustó escribir, siempre escribías demasiado para decirme dos cosas; pero esta vez fuiste conciso. Siete palabras nada más escribiste, siete palabras y una sola coma; no hay adjunto, no hay nada, solo dice "te extraño, extraño nuestros días en Banfield"... Y quise responderte, pero el cursor vacilaba demasiado, entonces, te llamé.

Carnaval

Por Juan C. Mercurio

Enfrente de la panadería La Nacional vivía Viyoldo (escribamos como se pronuncia), es decir, Buchi. La vereda de su casa, en esos tiempos, tenía las baldosas del medio hundidas por algún peso pesado; pero no era por los pasos del gordo Santoro, su viejo, que entra y salía todos los días para laburar, o los domingos para ir al potrero de la esquina a hacer de director técnico del glorioso Ciclón de Banfield. Me contó mi viejo, que esa depresión se produjo cuando del empedrado de la calle sacaron las vías del tranvía a caballo que andaba por Maipú, y al extraerlas las apoyaron sobre la vereda, eso produjo un hundimiento pronunciado; en mi infancia yo ni lo creía, es que me parecía esa una época tan lejana que tal vez no había ni existido. Los niños decíamos fantasías y esa me parecía una.

En esos años el carnaval era la fiesta máxima para todos, más para nosotros purretes de barrio. La murga era infaltable, habiendo una barra de pibes, bastaba uno que dijera, la hacemos, y ya salíamos todos corriendo a la casa a improvisar un disfraz.

Corrí, a pocos pasos estaba mi casa; el pasillo y la escalera de cemento no fueron obstáculo, para llegar hasta la vieja y decirle, "¡mami! ¡mamá! hacemos la murga, dame cualquier cosa para un disfraz", "¿¿para qué?!", la vieja era muy dura en dar permisos, mas para eso. Salir por la calle de murga, disfrazados, golpeando latas y cantando. "No No y No", "dale mami se buena; ¡van todos los pibes, déjame, déjame!". Pasaba el tiempo y la vieja no aflojaba, ruegos y llantos continuos lograron al fin convencerla;

a regañadientes, me dio ropa vieja de papi (al que nombrábamos siempre así. Después, de grandes, mis amigos también lo llamaron de ese modo). Un sombrero viejo, camisa, pantalón y un cinto para sostener demasiado talle; ese fue el improvisado disfraz con el que alcancé a mis amigos, que ya salían con golpes de latas, caceroles y ollas de aluminio. Cuando me vieron llegar dijeron: ¿qué hacés tanguito?, te parecés a tanguito, ja, ja, ja; ese era uno de los tantos personajes que abundaban en el barrio por esa época.

Ya embalados, todos juntos salimos tocando y gritando, parecía música y canto, pero no lo era; canciones conocidas extraídas de otras viejas murgas, que todos los años se formaban en los barrios, "esta murga se formó..." entonadas por chicos muy improvisados, que transmitían su alegría. En el trayecto, parábamos a cualquiera por la calle y lo rodeábamos con nuestros desentonados ritmos a la espera de las monedas, que sin problema, sacaban de sus bolsillos. Sería el año 47 o 48, había pasado la guerra en la cual, por suerte, no participamos. El mundo necesitaba cosas y aquí había mucho trabajo, por eso la gente tenía siempre alguna moneda en sus bolsillos; y así cantando y pidiendo llegamos a Maipú y Alsina, doblamos para el cine San Martín y paramos en la casa Del Zoto, tío de Buchi. Allí le cantamos todo. Por ser pariente, las monedas

fueron muchas y allí terminamos nuestro recorrido. Regresamos cansados y contentos, contándonos anécdotas sobre lo que nos gusto más o menos, quien improvisó la mejor canción, o a quien se le dio más o menos plata.

Al llegar a la puerta de la casa de Buchi, nos tocó hacer la cuenta de lo recaudado y la repartija fue pareja, no fue diferenciado por: el que tuvo la idea, quién tenía el mejor disfraz, quién cantó mejor o cuál fue el mejor instrumento; en ese tiempo de niñez ninguno tenía en cuenta algunas de esas diferencias, ni tampoco el valor del dinero. Recaudamos tanto, somos tantos, dividimos y ya está.

Corrí a casa, todo transpirado y desalineado, la camisa sucia, el pantalón raído con la parte de la botamanga embarrada y rota por los pisotones de mis zapatos. ¿Qué dirá la vieja? Entré con las manos llenas de pesos y monedas y todo se lo dí a mamá. A largos sesenta y pico de años de distancia, me quedan algunos recuerdos como imágenes fotográficas, el rostro de la vieja, su asombro, mucho no entendí por qué, como dije ¿qué sabíamos de dinero?

Pronto llegó la noche, cansado, pensando en la linda experiencia vivida, me ganó el sueño...

Pero algo quedó muy registrado del día siguiente a ese. Al despertar la vieja, mi madre, sonriente, viniendo hacia mí, trayendo en sus manos, como bandeja, las prendas que yo usé el día anterior, limpias y planchadas, el pantalón cortado a mi pequeña medida, bien hecha la bota, la camisa con pliegue en la manga para que esté a mi medida, el sombrero impecable, apoyado sobre las prendas. Diciéndome: "hijo... ¿hoy no vas a la murga?".

El Banfileño EL LIBRO

Edición limitada



¡Reservalo!

EN DICIEMBRE EN LA CALLE

Correo de lectores

El sodero necesita medicación, yo nunca prediqué nada. Es increíble como este individuo demuestra su falta de cultura. Yo no dije "predico" dije "vaticino" evidentemente las napas de agua están contaminadas, y para colmo le ponen gas y las venden. ¡AYUDA! Todo lo que dice el sodero sale de su último respiro, al fin y al cabo sabe que su actividad pronto entrará en desuso. Él aplaude y festeja a la hoja doblada, porque encontró a Mercurio y sus amigos, que son algo así como falsos arqueólogos de barrio, encuentran historias donde no hay nada. En el fondo el sodero, espera un día salir en la tapa dibujado como una historieta, y con una soda en la mano. Estoy seguro que ese día, va a poner eso en un cuadro e invitar a sus nietos a verla. Por último: que quede claro que yo no busco la hoja doblada, quien lo hace es mi sobrino, que se encuentra en esos momentos de la juventud donde en su búsqueda (¿¿perdida???) de identidad se hizo cercano a uno de los amigos de Mercurio. Por eso me insistió en que vea lo que hacían los de la hoja doblada y como no le tengo miedo a lo distinto concurrí silencioso. Y ¡OH COINCIDENCIA! Presenció que no soy el único que piensa estas cosas, de hecho un hombre en sus cabales, lo interpeló a Mercurio en la calle diciéndole 4 verdades y este

último se quedó calladito. Después me acerqué a este hombre, que en cierto aspecto, ha hecho público lo mismo que vengo diciendo desde hace casi un año. Esta hoja, no es un periódico. Y esta hoja no representa a nadie más que a 10 o 11 personas. Ya que les gusta tanto el fútbol hagan un equipo y no interfieran en la vida de esta ciudad, escribiendo sin ningún control.

ALCIDES DOSO; Escribano Banfield Oeste

Leí lo que me mandaron de parte del NOESCRIBA. Me acaban de avisar que no publicaran más mis cartas, en las que le respondo a Prato Murfi. Está muy bien, yo creo que tal vez me enrosqué demasiado con alguien que no vale la pena, que piensa que por haber cursado varias materias y tener título adquirió materia gris. Solo quiero decir que yo estaba el día de la chocolatada y el que interpeló al pibe Mercurio estaba totalmente borracho. Tal vez fue un vino que le regaló el escribano, eso le pasa por juntarse con tipos que descartan la soda.

Viva el periódico EL BANFILEÑO, Felices FIESTAS a todos Buen 2014. Me dijeron que sale el Libro. ¡Guarden uno para mí por favor! Dono dos cajones de soda para el lanzamiento.

Atilio Scaffiti
Sodero Banfield Este

viene de la pag 1

Pepe en Banfield

Patapúfete

El dúo duró lo que duró. Pepe aprovechó la experiencia. Se nutrió de nuevos sketches, aprendió a dar tortazos y a propinar cachetazos de circo barato.

Pero el giro definitivo de su carrera se produjo cuando conoció al Dick (Bernardo Zalman Ber Dvorkin), un comediante ruso. La sinergia entre ellos fue instantánea. Y se soldaron. Y empezó todo de nuevo. Ambos terminaron armando una fusión eficaz al estilo Abbott y Costello. El gracioso era Pepe y su partenaire el serio. Tuvieron éxito. Llegaron a actuar en cine con Nini Marshall. Juntos fueron a todas partes y lograron ser reconocidos por toda Latinoamérica y España, hasta que el extenso itinerario del dúo terminó en Cuba.

El secuestro de Pepe en Cuba

Cuando llegaron a la isla caribeña, en 1958, Dick y Biondi ya era una pareja exitosa. Venían de tener su debut televisivo y un éxito fenomenal en México - en realidad volvieron porque habían pasado por el radio cubana años antes con muy buena repercusión-. Cuando llegaron al país manejado por Fulgencio Batista, Biondi ya era Biondi. Definitivamente había dejado de ser el tercero de ocho biondis, para tener nombre propio. Ahora era él mismo, el otrora pibe analfabeto, el que escribía sus propios guiones para los sketches.

-Ve el guardapolvo que está allá.

-Sí, doctor.

-Adentro del bolsillo hay un papel

-¿Le traigo el papel?

-No, trágame el guardapolvo.

Un día Dick se enamora. Que pin que pan. Se desuelda la aleación que había funcionado por más de veinte años. Biondi sigue su carrera solo. Por qué negarlo, en su talento residía el secreto del éxito del binomio. "El Show de Dick y Biondi" se convirtió en "El show de Pepe Biondi". El pueblo de la Cuba prerrevolucionaria tenía un único motivo de risa: Biondi, el resto era penuria.

Un día le dijeron: "Biondi, hoy Cuba no debe reír". Se lo dijeron quienes reían con él, lo hicieron con tono explicativo, se lo comunicaron cortésmente cuando Pepe salía de su casa hacia el estudio de televisión. Quienes lo interceptaron eran jóvenes del movimiento revolucionario "26 de julio" que se preparaban para echar al dictador. Se llevaron a Pepe, le explicaron sus planes. Lo trataron como a

un amigo. Por la misma época habían secuestrado a Fangio. Eran golpes de efecto de una revolución que se acercaba a poner justicia en un país-casino. Biondi para ese entonces ya era Fangio y Fangio Gardel. Por lo tanto Biondi también era Gardel.

Y llegó el 1 de enero del 59. En ese momento Cuba entraba en otro proceso y Biondi terminaba su itinerario nómada para volver definitivamente al país que lo vio nacer.

Biondi de Banfield

-Quiero presentarme: soy inventor.

-¿Ah, sí? ¿Qué inventó?

-Algo para pasar a través de las paredes.

-¿Y qué es eso?

-Una puerta.

Este chiste, simple y directo es una pequeña muestra de lo que era Biondi. Biondi siempre tuvo paredes que lo rodearon y siempre se las rebuscó para atravesarlas de un modo u otro. Si no eran muy altas las saltaba. Si su acrobacia no alcanzaba para evitarla inventaba puertas donde no las había.

Biondi siempre saltó fronteras. Como personaje de borde debió reinventarse permanentemente para sobrevivir. Para los amantes de las exactitudes Biondi vivió, como pudo, en Escalada, que no es Banfield. Pero para aquellas épocas las fronteras de los barrios se confundían en los arrabales. Hoy Banfield y Escalada tienen límites claros, en aquella época ese contorno se difuminaba en potrereros con olor a manzanilla.

Uno de los hermanos vivió aquí y el recorrido de Pepe por nuestras calles fue frecuente. A la pregunta ¿Es Biondi de Banfield? se la puede responder con un acto: poniendo puertas donde existen muros.

Viendo a Biondi

Cuando contrata la televisión argentina en 1961, Biondi no era conocido en el país, sin embargo en poco tiempo se convirtió en el artista más popular de la época. Armó personajes legendarios, entre ellos: Pepe Galleta, el único guapo en camiseta. Argentina ahora reía con él y lo reconocía como un gran humorista. Biondi así vengaba su pasado.

Pero su cuerpo no lo acompañó, su salud se fue deteriorando paulatinamente y luego de diez años de éxitos y operaciones ("otros cómicos salen de vacaciones, yo salgo de los quirófanos") la televisión lo declaró prescindible y este hecho fue para Pepe un golpe tan atroz como los que tenían aquellos con gusto a chocolate.

-Dígale a la cocina que está en la señora que traiga la sopa en el plato...

-Pero no, al revés...

-¿Cómo al revés! Si pone el plato al revés se cae toda la sopa.

Murió a los 66 años. Vivió más malas que buenas. No sabemos si le ganó al destino, pero de lo que estamos seguros es que, al menos, como buen payaso, le arrojó en la cara algún que otro tortazo.



viene de la pag 1 El pozo de Banfield

palomas. Había... y lo peor de todo es que no lo sabían... había también un pozo profundo, profundísimo como el miedo y la ira que lo formaba. Un pozo gigante, oscuro e incierto. Indescifrable en su sentido y su causa. Había un pozo terroso como una tumba, como una cueva, como un útero muerto. Dicen que una de las puertas de entrada estaba en Banfield. Hombres pequeños lo habitaban, hombres pequeños y terriblemente tontos como para defender la muerte y la necesidad. Hombres incapaces de ver las palomas que se desprendían de las manos prisioneras, ni las lunas preñadas de alas de los vientres solitarios.

No podían ver la luz arrasadora de ríos de los ojos de los jóvenes, ni las dunas de leche en los cuerpos de ellas.

No podían oír las palabras de amor que se decían los prisioneros, no sabían leerlas, ni siquiera suponían que existían.

Pobres hombres pequeños... con tantas armas y nada más. Ni un poco de miel, ni un boleto gastado, ni unos lápices viejos. ¡NI un grito de LIBERTAD, LIBERTAD, LIBERTAD!

"Yo era el rey de ese lugar hasta que un día llegaron ellos..."

Bajando la escalera profundísima se los llevaron hasta el propio infierno lleno de gritos y de pedidos, de dolores de parto, de lágrimas, de sangre y de leche. Primero tuvieron la desesperación de la incertidumbre. Luego, la luz de la más triste certeza. Por eso cantaron para oírse entre ellos, y contaban sus vidas, que flotaban entre las celdas como imágenes rescatadas del

fondo de la memoria buena. "...y un montón de diarios apilados, y una flor cuidando mi pasado..." Entonces pasó... Sucedía, oscuridad, indolencia. Profundidad de un pozo en el que inexplicablemente también cayeron ellos: ¡Los hombres pequeños! Siguen cayendo interminablemente, sin encontrar el fondo de donde asirse. Ruedan entre las fotos viejas y las hojas de cuaderno llenas de palabras escritas en manuscrito y en azul lavable. "... no los oí, que vil razón, les molestaban sus barrigas..."

Los victimarios, ignorantes de las lunas y los soles y los cielos han caído, sin pensarlo, en las fauces oscuras, en el pozo... ¡¡Están cayendo ahora mismo!!! ¡Mirálos!

Mientras-alados- suben a la memoria por la vieja escalera, los prisioneros, flotando en un remolino suave de recuerdos en blanco y negro, sepia y multicolor, para mezclar sus voces con las de tantos otros que cantamos las mismas canciones.

Suben para encontrarse con ellos mismos, con los que quedamos, con los que nos fuimos, con los que lloramos y resistimos, con los que recordamos.

"... y un rumor de voces que me gritan, y un millón de manos que me aplauden... y el fantasma tuyo, sobre todo, cuando ya me empiece a quedar solo." Sui Géneris

Palabras de papel, ojos de agua / hagamos un gualicho contra la mala racha

Con palabras buenas, con

palabras santas/ la primera es VOZ y luego voz,

JUNTOS, HERMANOS, PODEMOS, MEMORIA, PERDON, CONCIENCIA, NOSOTROS, TODOS, APRENDER.

EL FINAL DEL POZO

La Multisectorial Chau Pozo redactaba en 2006 un texto de interpelación acerca de la existencia de un centro de aniquilación encajado en un barrio del distrito bonaerense, allí, cerca de las escuelas, de los almacenes, de las viviendas.

Este sitio es el Pozo de Banfield, ubicado en la esquina de Siciliano y Vernet, Banfield Oeste, que durante la última dictadura funcionó como Centro Clandestino de Detención de la Brigada de Seguridad, Investigaciones e Inteligencia de la Policía Provincial de Buenos Aires.

También formó parte de una de las sedes del Plan Cóndor- planificado en la región sur de América Latina y coordinado por las dictaduras militares.

Cientos de luchadores populares- en su mayoría argentinos, pero también uruguayos, paraguayos y chilenos- estuvieron allí: en total 249 personas, de las cuales 97 aún continúan desaparecidas; de 35 de ellas nunca se supo su destino y 5 desaparecidos recuperaron su libertad y posteriormente fueron asesinados.

El Pozo de Banfield fue un centro de detención clandestino que funcionó entre noviembre de 1974 y octubre de 1978. Es un edificio de tres pisos: en la planta baja se encontraba la oficina del jefe, una sala de torturas y otras dependencias; en el primer piso había calabozos, oficinas, comedor y casino de personal, cocina y baños; mientras que en el segundo había más calabozos y un baño.

El lugar servía como maternidad clandestina en la que fueron alojadas al menos 17 mujeres secuestradas embarazadas. Justamente una de las principales funciones del Pozo fue albergar a detenidas durante los últimos meses de embarazo para disponer luego de los recién nacidos que eran arran-

cados de los brazos de sus madres. Muchas mujeres dieron a luz en el Pozo; 4 de los bebés nacidos allí siguen sin ser localizados.

Por este centro de detención pasaron, también, varios de los hechos conocidos como "La noche de los lápices": Francisco López Muntaner, María Claudia Falcone, Claudio de Acha, Horacio Angel Ungaro, Daniel Alberto Racero, María Clara Ciocchini; y los secuestrados: Pablo Díaz, Patricia Miranda y Emilce Moler, todos entre el 16 y el 19 de septiembre de 1976.

Con el final de la dictadura militar, ese centro de aniquilamiento continuó funcionando como dependencia de la policía bonaerense.

Las organizaciones nucleadas en "Chau Pozo" manifestaron que "el Pozo de Banfield debe quedar en manos de los organismos de DD HH y organizaciones que nunca abandonaron esta lucha" y pidieron que "no se convierta en una dependencia más del Gobierno".

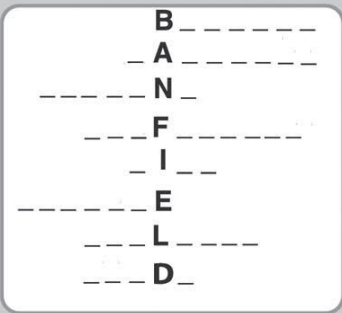
El mayor orgullo de los banfileños es que después de más de quince años de lucha de la "Chau Pozo" el Pozo de Banfield fue el primer ex Centro de Torturas que se cerró por la concientización y participación de los vecinos. El Gobierno firmó el compromiso de acta de cierre frente a los integrantes de la organización. El cierre se materializó el 16 de septiembre de 2006 al salir el último policía y entrar, por primera vez al lugar, integrantes de "Chau Pozo" como un acto simbólico del triunfo de una lucha tan larga.

El juicio a los responsables comenzará el próximo año y el edificio de Siciliano y Vernet será utilizado como "prueba".



1976 - 16 de septiembre - 2004 "La noche de los lápices"

BANFIGRILLA



1. Delantero Campeón 1973
2. Volante izquierdo campeón 2001
3. Arquero peruano, Jugó entre 1942/ y 1944
4. Delantero 1966, con exitoso pasado en CASLA
5. Delantero que reemplazó a Wensel en final 19932
6. Volante central ascenso 1987
7. Delantero paraguayo, 2013
8. Segundo nombre de Quinteros

Fui a verme

Por Sergio Caracciolo

Fui a verlo, al Rana, a ese viejo, flaco y sabio que parece resistir a todo, tal vez porque sigue haciendo lo mejor que siempre supo hacer: vivir. Llevé el equipo de mate, el tiene el suyo, se lo regalamos para el cumpleaños con yerba y todo, pero en el hogar no lo usa, ahí está como de prestado, él y los demás viejos, están como arrumbados, esperando, como en un galpón, esperando que se los lleven, los familiares, esperando algún amigo, esperando para volver a ser usados, en el mejor de los sentidos inclusive, o, en última instancia, esperando la parca, en el único sentido que tiene, pero ahí, en el hogar, hacer no hacen nada, ni siquiera despuntar el vicio del mate. Hay una televisión encendida que nadie mira y un silencio que se sobrepone a los ruidos que llegan de la calle.

“¿Sabés la bronca que deben tener los que toman mate!”, me dijo con más picardía que maldad, como cuando me decía: “¡Mejor llevo yo la carretilla, sino van a decir que me aprovecho del pibe. No, mejor llevála vos, sino van a decir que te abusas del viejo!” Hacia él fui como quien va hacia un sacrificio, no se ir de otra manera, no porque no tenga ganas de estar con él, o de verlo, cierto que me gustaría verlo mejor, sino porque me cuesta verlo ahí, entiendo los achaques pero no la ubicación, digamos, no puedo verlo ahí, como una herramienta inútil juntando óxido, justo a él que fue una herramienta infalible, incansable, inestimable.

La verdad es que uno no sabe que carajo decirle, está todo el tiempo frenando las ganas de decirle: “Vení, vamos a la mierda de acá, vamos a pescar, a la Chis Chis, vamos a Belgrano, nos tomamos la Chanchita en Glew y visitamos a la Pirucha y la Olinda, nos comemos una picada, nos tomamos un vitino, nos jugamos una escoba en el patio de Baliña, hacemos algo de albañilería, algo de carpintería, me enseñás a usar el cepillo, te enseño a nadar, me enseñás a ser una buena persona, agarramos la bici y nos vamos hasta San Vicente, nos hacemos un asado en casa, nos vamos al club para que me veas jugar al básquet con los pibes o al fútbol con los muchachos, vamos, dale, no nos quedemos acá, que acá no pasa nada, vos no tenés que contarme y yo no tengo que escuchar...”

Le llevé tres facturas y se las bajó sin respirar, una detrás de otra, ni siquiera se detuvo en la de membrillo que siempre dejaba para después del mate porque sino le daba acidez. El agua que llevé estaba muy caliente así que le pedí a las carceleras que me la cortaran un poco con agua fría. El viejo está bien cuidado, pero

si suelto el prejuicio y proyecto sobre las noticias policiales, no me extrañaría que esas dos mujeres un día de estos se carguen a todos los viejos y viejas del hogar. Debe ser la bronca contenida de los viejos que envía el aire y trastorna, envilece, inyecta la mirada de esas mujeres. Andá a saber. Los viejos no se dan ni bola. La otra vez el Rana le dijo a mi viejo: “Estoy acá por tu culpa, son todos paráliticos!” Tal vez por ese comentario, por el silencio de siempre, por el aire y las miradas, me llamé tanto la atención que una vieja, cuando se nos terminaba el agua del termo y las tres facturas eran principio de digestión en la panza hundiada del Rana, se acercara despacito al sillón en el que mateábamos. Evité mirarla hasta que la tuve cerca, muy cerca, casi encima, pensé que venía a sentarse en el sillón y que las dificultades de vista-movilidad-ubicación propias de la edad la habían traicionado, me imaginé que tal vez era nueva y quería socializar desconociendo los códigos del hogar, de los hogares, la última gota de dignidad de los viejos, pero no, cuando estaba junto a mí, frenó, extendió su brazo y en la mano tenía un pedazo de pan, mordido, un tanto aplastado, le ofreció el mendrugo a mi abuelo sin quitarme los ojos de encima, y que querés que te diga, esos no eran los ojos de la vieja, eran más bien los de mi abuela, que venía a cuidar del Rana como él la había cuidado a ella hasta el último instante, más allá de la esclerosis y su consecuente violencia, diaria, permanente, intolerable para cualquiera menos para el Rana, la mano de Pichona iba hacia mi abuelo y sus ojos venían a mí con la alegría con la que me habían mirado siempre, haciéndome sentir bien, el preferido, el nieto varón, el que vale, el único, como dijo alguna vez más por joderlos a sus hijos que por elogiarme a mí. La certeza de que era mi abuela me la dio el mismo Rana, aceptando el pedazo de pan con la misma habitualidad con la que recibía el pan con manteca y azúcar, comiéndoselo mansamente, como si no hubiese existido el desayuno primero y las tres facturas después, como si esa vieja a la que yo nunca había visto fuese una amiga a la que no se puede despreciar.

Cuando terminamos de tomar el mate me fui aguantando las lágrimas, como me voy siempre, puteándome por no saber que hacer, pensando que cuando amaine el frío me lo llevo a casa para que mire la tele en mi sillón, para que juegue con las nenitas, para que la chicaneé a la flaca con las “empanadas de aire” y el “poste fratchelli”.

Fui a verlo, al Rana, a ese viejo, sabio, amigo, y como siempre tuve la ilusión de verme en él, pero eso es imposible...

MARTES 5 NOVEMBRE
PIZZERIA 25 DE MAYO
MAIPU 1002
BANFIELD
20 HS

CINE Y LITERATURA



Leemos
Cartas a mamá
de Julio Cortazar

Vemos
Su adaptación
La cifra impar
de Manuel Antin

¿Locos?

Por Vicki Méndez y Nicolás Rodríguez

Los 70 mataron la locura.

¿Será posible que el uso indiscriminado de un término pueda llegar a desnaturalizar y romper la unión entre un concepto y la imagen que de él nos hacemos? “Que bueno, loco”, “todo bien, loco” etc etc.

¿Qué nos pasó en estos días que ya ni podemos reconocer a estos personajes que salían de lo común? Esos personajes extraños, queridos, temidos...

Y esto nos convoca hoy. Rescatar del saco de los recuerdos a estos personajes de Banfield.

Se dice que Enrique despertó en su propio velorio y el susto que la escena le provocó marcó a fuego su rostro con una mueca que iba a inmortalizarlo con el apodo del “tuerto virola”. Es que virola experimentó una catalepsia y al retornar de su “muerte aparente”, ya nunca volvió a ser el mismo.

“Vení... turríto, degenerado flauta!...” les gritaba a los pibes que se debatían entre el cagazo que les daba y las ganas de joderlo mientras mendigaba por la Feria que se instalaba en Alsina y Maipú cada martes y viernes.

Era él quien, cuando Banfield se inundaba, convirtiéndose en canoa humana, ofrecía su servicio a la comunidad y cruzaba a los vecinos alzados hasta la otra orilla. Pero al llegar al boulevard que dividía en ese entonces la Av. Alsina, se paraba junto a la palmera, y ahí, como una suerte de “Gran Maestro” de los actuales rapitos, se garantizaba el cobro de su servicio bajo amenaza de dejar al cliente a mitad de camino.

“Enrique vení, vení, mirá. Hicimos un líquido con el que te hacés invisible.” Cuentan que una vez le dijo un grupo de muchachos a la salida del cine Ambassador, ahí donde hoy está la Galería Banfield. Enrique bebió el líquido hasta el final, con el convencimiento de quien quiere dejar de ser visible para los demás. Con la ilusión de, aunque sea por un

ratito, dejar de ser el objeto de las burlas.

“Virola, Virola ¿dónde estás?” siguieron con su engaño y él les creyó. Con la certeza de su invisibilidad, aplicó un patadón fenomenal al primer transeúnte que pasaba por la vereda. Quién le contestó, con la misma puntería y furia en forma de golpe de puños en medio de la cara. Y ahí empezaba todo de nuevo “Vení... turríto, degenerado flauta!...” y los pibes salían corriendo.



¿O será que no fueron los setenta?

Al fin y al cabo, un Jean Paul Sartre, en la Francia del 68, les decía a los estudiantes en los albores de esa década: “Hay algo que ha surgido de ustedes que trastorna, que reniega de todo lo que ha hecho de nuestra sociedad lo que ella es: se trata de lo que yo llamaría ampliación del campo de lo posible”.

¿Esa imagen y su concepto del que hablábamos al principio, no será parte de lo que ha hecho de esta sociedad lo que ella es?

¿O acaso un Charly no le daba la bienvenida a Cassandra mientras nos espataba en la cara que “la mediocridad para algunos es normal” y “la locura es poder ver más allá”?

¿Acaso no serían, estos “locos”, “trastornados” unos verdaderos Hombres Libres? ¿Hombres libres, pero vistos como “locos” a través de nuestros ojos encerrados y moldeados por la matriz de la “normalidad”?

Normalidad. ¿y qué es la normalidad? Pretender o exigir normalidad, nos debería llevar a preguntarnos: normalidad para quién, en beneficio de quién. De lo contrario, solo sería

como matar la pluralidad y la diferencia porque sí.

“¿Que lo parió, Mendieta. No somos nada!”

Y de la nada misma aparece “Rondita”. De repente, como desde las mismísimas tinieblas, con su abrigo largo y negro, caminando a trancos con sus característicos saltitos, con la cabeza baja y los hombros bien arriba como queriendo esconder su cuello resguardándose de alguna cosquilla que lo quisiera sorprender, tal vez.

Y así como apareció en este recuerdo, les aparecía a los chicos que, distraídos, esperaban en la puerta del club infantil de Banfield. Sobresaltados empezaban a correr. Corrían en distintas direcciones y a los gritos. Todos actuaban como dentro de un acuerdo tácito de mutuas conveniencias, en el que cada cual cumplía su rol. Él los corría y ellos se asustaban, un poco de mentiritas y un poco de verdad, con esa especial mezcla de pánico y fascinación que da lo distinto, lo desconocido. Él no decía ni una sola palabra, su aspecto tenebroso bastaba para lograr su objetivo. En el imaginario infantil, Rondita era algo así como la materialización del Mal en una figura que finalmente ofrecía un desenlace seguro...

Y así quedaron, Rondita y Virola, grabados en el recuerdo de dos generaciones banfileñas. Tuvieron su exclusividad. Se podría decir que tuvieron la suerte de vivir en esa época. En la que salían de “lo normal”. Hoy en día, cuando parece que la excepción es aquel que aún no ha sufrido de ataques de pánico, estrés o depresión; cuando nos encontramos en la calle hablando solos, o mandando a la mierda al jefe recreando teatralmente la escena que no pudimos vivir en la jornada que pasó, resulta extraño pretender reconocer entre todos nosotros a un Rondita o a un Virola. ¿Será que estamos viviendo en el Funteovejuna de la locura?...

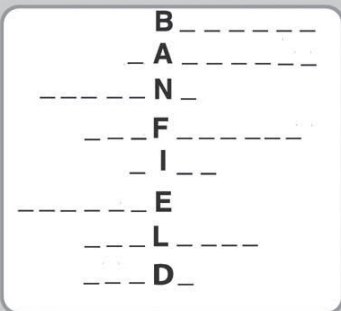
Si la “locura”, como los “valores” y la “moral” son construcciones sociales y culturales determinadas históricamente, probablemente el día de mañana no seremos recordados romántica y poéticamente como los Locos de Banfield.



EL COLECTIVO BANFILEÑO

Director Propietario Sergio Adrián Mercurio. Editor: Javier Mercurio; Diagramación: Aurelio Valdéz; Ilustraciones Andrés Alvez, Redacción: Nicolás Fratarelli, Mario Arraraz, Sylvia Bonfiglio, Cacho Castro, Vicki Méndez, Nelson Ferreyra, Osvaldo Fani, Nerea Otero, Mariano Giniger, Cesar Canessa. Investigación Edgardo Sarri. Colaboradores: Oscar Leza, Adrián Botindari, Sergio Caracciolo, Marcela Pettinati, Eduardo Sánchez,, Maria H. Cosentino, Alcides, Juan Carlos Mercurio, Leandro Martín, Nicolás Rodríguez, Martín Etchegaray.

BANFIGRILLA



1. Delantero Campeón 1973
2. Volante izquierdo campeón 2001
3. Arquero peruano, Jugó entre 1942/ y 1944
4. Delantero 1966, con exitoso pasado en CASLA
5. Delantero que reemplazó a Wensel en final 19932
6. Volante central ascenso 1987
7. Delantero paraguayo, 2013
8. Segundo nombre de Quinteros

Fui a verme

Por Sergio Caracciolo

Fui a verlo, al Rana, a ese viejo, flaco y sabio que parece resistir a todo, tal vez porque sigue haciendo lo mejor que siempre supo hacer: vivir. Llevé el equipo de mate, el tiene el suyo, se lo regalamos para el cumpleaños con yerba y todo, pero en el hogar no lo usa, ahí está como de prestado, él y los demás viejos, están como arrumbados, esperando, como en un galpón, esperando que se los lleven, los familiares, esperando algún amigo, esperando para volver a ser usados, en el mejor de los sentidos inclusive, o, en última instancia, esperando la parca, en el único sentido que tiene, pero ahí, en el hogar, hacer no hacen nada, ni siquiera despuntar el vicio del mate. Hay una televisión encendida que nadie mira y un silencio que se sobrepone a los ruidos que llegan de la calle.

“¿Sabés la bronca que deben tener los que toman mate!” me dijo con más picardía que maldad, como cuando me decía: “¡Mejor llevo yo la carretilla, sino van a decir que me aprovecho del pibe. No, mejor llevala vos, sino van a decir que te abusas del viejo!” Hacia él fui como quien va hacia un sacrificio, no se ir de otra manera, no porque no tenga ganas de estar con él, o de verlo, cierto que me gustaría verlo mejor, sino porque me cuesta verlo ahí, entiendo los achaques pero no la ubicación, digamos, no puedo verlo ahí, como una herramienta inútil juntando óxido, justo a él que fue una herramienta infalible, incansable, inestimable.

La verdad es que uno no sabe que carajo decirle, está todo el tiempo frenando las ganas de decirle: “Vení, vamosos a la mierda de acá, vamos a pescar, a la Chis Chis, vamos a Belgrano, nos tomamos la Chanchita en Glew y visitamos a la Pirucha y la Olinda, nos comemos una picada, nos tomamos un vinito, nos jugamos una escoba en el patio de Baliña, hacemos algo de albañilería, algo de carpintería, me enseñás a usar el cepillo, te enseño a nadar, me enseñás a ser una buena persona, agarramos la bici y nos vamos hasta San Vicente, nos hacemos un asado en casa, nos vamos al club para que me veas jugar al básquet con los pibes o al fútbol con los muchachos, vamos, dale, no nos quedemos acá, que acá no pasa nada, vos no tenés que contarme y yo no tengo que escuchar...”

Le llevé tres facturas y se las bajó sin respirar, una detrás de otra, ni siquiera se detuvo en la de membrillo que siempre dejaba para después del mate porque sino le daba acidez. El agua que levé estaba muy caliente así que le pedí a las carceleras que me la cortaran un poco con agua fría. El viejo está bien cuidado, pero

si suelto el prejuicio y proyecto sobre las noticias policiales, no me extrañaría que esas dos mujeres un día de estos se carguen a todos los viejos y viejas del hogar. Debe ser la bronca contenida de los viejos que envía el aire y trastorna, envilece, inyecta la mirada de esas mujeres. Andá a saber. Los viejos no se dan ni bola. La otra vez el Rana le dijo a mi viejo: “Estoy acá por tu culpa, son todos parafíticos!” Tal vez por ese estomero y por el silencio de siempre, por el aire y las miradas, me llamó tanto la atención que una vieja, cuando se nos terminaba el agua del termo y las tres facturas eran principio de digestión en la panza hundiada del Rana, se acercara despacito al sillón en el que mateábamos. Evité mirarla hasta que la tuve cerca, muy cerca, casi encima, pensé que venía a sentarse en el sillón y que las dificultades de vista-movilidad-ubicación propias de la edad la habían traicionado, me imaginé que tal vez era nueva y quería socializar desconociendo los códigos del hogar, de los hogares, la última gota de dignidad de los viejos, pero no, cuando estaba junto a mi, frenó, extendió su brazo y en la mano tenía un pedazo de pan, molido, un tanto aplastado, le ofreció el mendrugo a mi abuelo sin quitarme los ojos de encima, y que querés que te diga, esos no eran los ojos de la vieja, eran más bien los de mi abuela, que venía a cuidar del Rana como él la había cuidado a ella hasta el último instante, más allá de la esclerosis y su consecuente violencia, diaria, permanente, intolerable para cualquiera menos para el Rana, la mano de Pichona iba hacia mi abuelo y sus ojos venían a mí con la alegría con la que me habían mirado siempre, haciéndome sentir bien, el preferido, el nieto varón, el que vale, el único, como dijo alguna vez más por joderlos a sus hijos que por elogiarlos a mí. La certeza de que era mi abuela me la dio el mismo Rana, aceptando el pedazo de pan con la misma habitualidad con la que recibía el pan con manteca y azúcar, comiéndoselo mansamente, como si no hubiese existido el desayuno primero y las tres facturas después, como si esa vieja a la que yo nunca había visto fuese una amiga a la que no se puede despreciar.

Cuando terminamos de tomar el mate me fui aguantando las lágrimas, como me voy siempre, puteándome por no saber que hacer, pensando que cuando amaine el frío me lo llevo a casa para que mire la tele en mi sillón, para que juegue con las nenás, para que la chicaneé a la flaca con las “empanadas de aire” y el “poste fratchelli”.

Fui a verlo, al Rana, a ese viejo, sabio, amigo, y como siempre tuve la ilusión de verme en él, pero eso es imposible...



CINE Y LITERATURA



Leemos
 Cartas a mamá
 de Julio Cortazar

Vemos
 Su adaptación
 La cifra impar
 de Manuel Antin

¿Locos?

Por Vicki Méndez y Nicolás Rodríguez

Los 70 mataron la locura.

¿Será posible que el uso indiscriminado de un término pueda llegar a desnaturalizar y romper la unión entre un concepto y la imagen que de él nos hacemos? “Que bueno, loco”, “todo bien, loco” etc etc.

¿Qué nos pasó en estos días que ya ni podemos reconocer a estos personajes que salían de lo común? Esos personajes extraños, queridos, temidos...

Y esto nos convoca hoy. Rescatar del saco de los recuerdos a estos personajes de Banfield.

Se dice que Enrique despertó en su propio velorio y el susto que la escena le provocó marcó a fuego su rostro con una mueca que iba a inmortalizarlo con el apodo del “tuerto virola”. Es que virola experimentó una catalepsia y al retornar de su “muerte aparente”, ya nunca volvió a ser el mismo.

“Vení... turruto, degenerado flauta!...” les gritaba a los pibes que se debatían entre el cazago que les daba y las ganas de joderlo mientras mendigaba por la Feria que se instalaba en Alsina y Maipú cada martes y viernes.

Era él quien, cuando Banfield se inundaba, convirtiéndose en canoa humana, ofrecía su servicio a la comunidad y cruzaba a los vecinos alzados hasta la otra orilla. Pero al llegar al boulevard que dividía en ese entonces la Av. Alsina, se paraba junto a la palmera, y ahí, como una suerte de “Gran Maestro” de los actuales trapitos, se garantizaba el cobro de su servicio bajo amenaza de dejar al cliente a mitad de camino.

“Enrique vení, vení, mirá. Hicimos un líquido con el que te hacés invisible.” Cuentan que una vez le dijo un grupo de muchachos a la salida del cine Ambassador, ahí donde hoy está la Galería Banfield. Enrique bebió el líquido hasta el final, con el convencimiento de quien quiere dejar de ser visible para los demás. Con la ilusión de, aunque sea por un

ratito, dejar de ser el objeto de las burlas.

“Virola, Virola ¿dónde estás?” siguieron con su engaño y él les creyó. Con la certeza de su invisibilidad, aplicó un patadón fenomenal al primer transeúnte que pasaba por la vereda. Quién le contestó, con la misma puntería y furia en forma de golpe de puños en medio de la cara. Y ahí empezaba todo de nuevo “Vení... turruto, degenerado flauta!...” y los pibes salían corriendo.



... ¿O será que no fueron los setenta?

Al fin y al cabo, un Jean Paul Sartre, en la Francia del 68, les decía a los estudiantes en los albores de esa década: “Hay algo que ha surgido de ustedes que trastorna, que reniega de todo lo que ha hecho de nuestra sociedad lo que ella es: se trata de lo que yo llamaría ampliación del campo de lo posible”.

¿Esa imagen y su concepto del que hablábamos al principio, no será parte de lo que ha hecho de esta sociedad lo que ella es?

¿O acaso un Charly no le daba la bienvenida a Cassandra mientras nos espataba en la cara que “la mediocridad para algunos es normal” y “la locura es poder ver más allá”?

¿Acaso no serían, estos “locos”, “trastornados” unos verdaderos Hombres Libres? ¿Hombres libres, pero vistos como “locos” a través de nuestros ojos encerrados y moldeados por la matriz de la “normalidad”?

Normalidad. ¿y qué es la normalidad? Pretender o exigir normalidad, nos debería llevar a preguntarnos: normalidad para quién, en beneficio de quién. De lo contrario, solo sería

como matar la pluralidad y la diferencia porque sí.

“¿Que lo parió, Mendieta. No somos nada!”

Y de la nada misma aparece “Rondita”. De repente, como desde las mismísimas tinieblas, con su abrigo largo y negro, caminando a trancos con sus característicos saltitos, con la cabeza baja y los hombros bien arriba como queriendo esconder su cuello resguardándose de alguna cosquilla que lo quisiera sorprender, tal vez.

Y así como apareció en este recuerdo, les aparecía a los chicos que, distraídos, esperaban en la puerta del club infantil de Banfield. Sobresaltados empezaban a correr. Corrían en distintas direcciones y a los gritos. Todos actuaban como dentro de un acuerdo tácito de mutuas conveniencias, en el que cada cual cumplía su rol. Él los corría y ellos se asustaban, un poco de mentiritas y un poco de verdad, con esa especial mezcla de pánico y fascinación que da lo distinto, lo desconocido. Él no decía ni una sola palabra, su aspecto tenebroso bastaba para lograr su objetivo. En el imaginario infantil, Rondita era algo así como la materialización del Mal en una figura que finalmente ofrecía un desenlace seguro...

Y así quedaron, Rondita y Virola, grabados en el recuerdo de dos generaciones banfileñas. Tuvieron su exclusiva. Se podría decir que tuvieron la suerte de vivir en esa época. En la que salían de “lo normal”. Hoy en día, cuando parece que la excepción es aquel que aún no ha sufrido de ataques de pánico, estrés o depresión; cuando nos encontramos en la calle hablando solos, o mandando a la mierda al jefe recreando teatralmente la escena que no pudimos vivir en la jornada que pasó, resulta extraño pretender reconocer entre todos nosotros a un Rondita o a un Virola. ¿Será que estamos viviendo en el Fuenteovejuna de la locura?...

Si la “locura”, como los “valores” y la “moral” son construcciones sociales y culturales determinadas históricamente, probablemente el día de mañana no seremos recordados romántica y poéticamente como los Locos de Banfield.



EL COLECTIVO BANFILEÑO

Director Propietario Sergio Adrián Mercurio. Editor: Javier Mercurio; Diagramación: Aurelio Valdéz; Ilustraciones Andrés Alvez, Redacción: Nicolás Fratarelli, Mario Arraraz, Sylvia Bonfiglio, Cacho Castro, Vicki Méndez, Nelson Ferreyra, Osvaldo Fani, Nerea Otero, Mariano Giniger, Cesar Canessa. Investigación Edgardo Sarri. Colaboradores: Oscar Leza, Adrián Botindari, Sergio Caracciolo, Marcela Pettinati, Eduardo Sánchez, María H. Cosentino, Alcides, Juan Carlos Mercurio, Leandro Martín, Nicolás Rodríguez, Martín Etchegaray.